

# EL AÑO MONTAÑERO

POR JULIO LLANOS

## INVIERNO

El País Vasco reposa bajo la nieve que se ha infiltrado hasta las zonas inferiores. La circulación por carretera está limitada a los trayectos de perfil intermedio y llano, pues incluso los puertos más bajos se encuentran cerrados. La temperatura es de varios grados bajo cero en la madrugada de un domingo, 5 de febrero, cuando tomo el autobús Eibar-Vitoria que sólo llega hasta Escoriaza, pero sirve perfectamente para mis propósitos de apearme en Mondragón y subir al monte Udalaiz.

Una vez abandonado el vehículo, subo a buen paso por la carretera secundaria del puerto de Campanzar, que alcanzo en hora y cuarto gracias al buen estado de la nieve, lo suficientemente dura y pisada como para caminar sin fatiga.

Hace mucho frío, de lo cual me alegro; podré encontrar hielo en el gran corredor que sube directo hacia la cima, y, utilizando crampones, economizar tiempo y energías.

Únicamente me preocupa la densa niebla que cubre la parte superior de la montaña, desde el arranque mismo del «couloir».

Tras haber comido algo, me pongo en marcha. Durante 20 minutos avanzo lenta y penosamente por laderas suaves, con nieve hasta la rodilla. Estoy deseando el momento de poner el pie en terreno más vertical.

Apenas lo hago, aparece el hielo. Por los medios normales, no sería posible el avance: saco los crampones de la mochila y me los coloco. Es la primera vez que los uso, pero la sensación de seguridad es perfecta. Busco la línea de máxima pendiente. Única nota desagradable: el hielo, que deja las manos ateridas a pesar de los guantes, muy deficientes. Se hace preciso buscar presas. Por única vestimenta llevo pantalón, camisa y un jersey, como en el verano. Lo cual no es sino una tonta falta de previsión, que lamentaré más de cuatro veces.

Tras los diez minutos de cramponear penetro en la zona de la niebla. Surge la duda; es preciso aislarse, incluso visualmente, de cuanto puede resultar acogedor, agradable, humano. Ya, en varias horas, me veré envuelto en una oscuridad de paradójica blancura, en condiciones de temperatura bastante severas. Pero, confiando en la seguridad de los crampones y en la siempre posible retirada en travesía hacia las laderas del noreste, más suaves, prosigo hacia arriba.

A la salida del «couloir» las dificultades son notorias, y la retirada en que pensaba, totalmente impracticable. Esta ruda pendiente que en el verano obliga a utilizar hierba y roca como agarres para las manos pero sin grandes obstáculos, puesto que apenas llega a un primer grado, es ahora un reguero de hielo inseguro, de grandes chuzos que se desprenden con facilidad. Hay que meditar cada paso y aplicar la regla de «tener tres miembros seguros» antes de desplazar el cuarto. Con mucha paciencia salgo de la zona

## PYRENAICA

peligrosa experimentando un verdadero alivio. He podido comprobar qué hermosa sería la ascensión de este tramo encordado con otro compañero, y utilizando una o dos clavijas como seguro.

La niebla muy densa, y la constante blancura de la nieve, afectan a los ojos. Otra falta de previsión, venir sin gafas oscuras.

Media hora más de monótona subida; ya con dificultades menores, pero siempre con la inquietud de errar la ruta (¡cuántas miradas hacia las propias huellas para calcular la dirección!) y por fin un hálito de viento fresco y la imprecisa visión de precipicios al otro lado me indican que he salido a la arista cimera. Esta parece ascendente en los dos sentidos y, considerando el despiste sufrido en la ascensión, no puedo determinar hacia qué lado se encuentra la cima. Permanezco inmóvil, sin atreverme a tomar una iniciativa, durante casi media hora, hasta que una fugaz claridad en la atmósfera me permite ver el punto culminante, con el buzón semienterrado en la nieve, a apenas diez metros de distancia. Rápidamente avanzo hacia la cumbre.

Son las doce del mediodía. La alegría del triunfo se transforma en canciones, que por fortuna no tienen auditorio. Dejo una nota escrita en un papel con una letra insegura, a causa del frío que paraliza los dedos.

La primera parte del descenso es muy delicada. La niebla ha vuelto a tornarse densa, encontrándome en algunos momentos totalmente perdido. Con la mirada fija en el suelo, para no meter el pie en alguna oculta hendidura, voy perdiendo altitud sin importarme demasiado el rumbo a seguir. Pero tengo suerte. Una de las veces que levanto la vista al frente, en lugar de la niebla veo un valle encantador en el que reposan cubiertos por la nieve los barrios de Udala, Garagarza y Santa Agueda. Estoy en el buen camino y la aventurilla ha terminado.

## PRIMAVERA

El valle de Tobalina, enclavado al nordeste de la provincia de Burgos, limitando con Alava, es una encantadora transición entre la austeridad de Castilla, el policromado paisaje vasco y la grandiosidad de la montaña santanderina. Equilibrio y mezcla de las tres regiones citadas, guarda sus suaves y extensos campos de cereales entre elevadas sierras que lo protegen sin oprimirlo. El Ebro, poco caudaloso aún, riega la parte central, antes de buscar salida por el desfiladero de Sobrón en su incesante caminar hacia el Mediterráneo.

Con un compañero eibarrés estoy pasando los días de la Semana Santa en una aldea de este valle, en casa de unos parientes.

El Sábado de Gloria, a primeras horas de la mañana, partimos rumbo al pico del «Cuturrubio», de unos mil trescientos metros de altitud. Esta noche ha llovido, pero con la aurora las nubes han huído hacia otros cielos, dejándonos una clara mañana perfumada por los primeros aromas de la primavera.

El suelo está encharcado y resbaladizo. A ambos lados del camino asoman tímidamente las violetas. Vamos contentos y despreocupados.

Al cabo de una hora hemos traspuesto las colinas de Tamarredo y caminamos por amplias veredas que conducen a la aldea de La Prada, al pie mismo de la sierra que queremos recorrer.

No podemos evitar que algunos conocidos míos nos hagan pasar amablemente a su casa y comer unas tajadas de lomo, jamón o cualquiera de los fuertes alimentos de es-

## PYRENEAICA

tas aldeas. Mi amigo, que no es de mucho comer, siente casi empalago ante esta continua serie de invitaciones. Menos mal que el vino ayuda a tragarlo todo. Al despedirnos, nuestros buenos campesinos nos meten gran cantidad de nueces en la mochila y, como es inútil discutir con ellos, las aceptamos.

Continúa la subida a través de campos de maíz y centeno, que se han ido arrebatando escalonadamente a la montaña. El dominio de ésta comienza a partir de la ermita de Calleros.

Se trata de una construcción muy antigua, hoy deteriorada, a cuya vera surge un manantial de aguas famosas en la región por su cristalina pureza y dotadas, según dicen, de propiedades curativas. Nuestro escepticismo nos inclina por la bota de vino que llevamos en el morral.

Un pintoresco camino se introduce entre dos repliegues de la sierra. Siguiéndole, en una hora de fatigosa pendiente, alcanzamos la cumbre. En los alrededores queda algo de nieve.

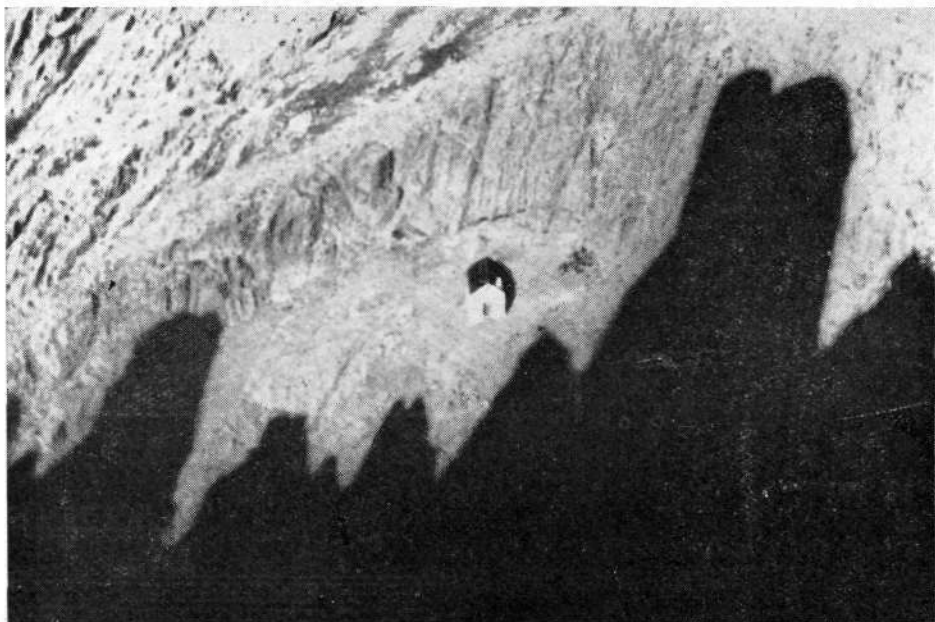
La visión es espléndida. El valle de Tobalina, cubierto de jóvenes y verdes cereales, se extiende casi un millar de metros más abajo. En frente la cadena de los Obarenes con «Umión», su bravía cumbre principal. Al Suroeste, sobre una pequeña y típica colina, se yergue la ciudad de Frías, famosa en la Edad Media, con su castillo sobre el alarmante desplome de Toba. Hacia el Noroeste cierran el paisaje las lejanas montañas santomerinas. Por el lado de Alava, una sucesión inacabable de lomas y collados pone su nota pintoresca.

Tras breve descanso y refrigerio emprendemos la travesía de la cresta en dirección Este-Sudeste. Inolvidable caminata, entre chubascos primaverales y claros de sol deliciosos, teniendo siempre a nuestra derecha la vertiente empinada que desciende a Tobalina y a la izquierda una continua serie de precipicios absolutamente verticales. Algunas piedras que lanzamos adrede tardan buen rato en chocar contra los bosques de hayas del fondo. De vez en cuando vemos esbeltos monolitos adosados a la muralla, sin duda vírgenes de toda huella, y que hubiesen podido ser alcanzados con un simple rappel (descenso con ayuda de la doble cuerda) desde la cresta. Pero hoy, día de vagabundeo y contemplación, no hemos traído material de escalada.

A las dos, o las tres de la tarde, después de un descenso molesto por la abundante vegetación, estamos en el impresionante desfiladero de la Toba. Maravilloso lugar donde la Naturaleza se ha encaprichado en modelar gargantas y puentes naturales de indescriptible belleza. El río, poco caudaloso, pero de ímpetu irrefrenable se precipita por las angosturas y su rumor constante llega hasta las alturas. Lo atravesamos unos centenares de metros más abajo, cuando su línea de pendiente se acerca a la horizontal.

Comemos en un bello rincón al lado de un manantial. Luego, por la tarde, vamos recorriendo el resto del desfiladero, admirando su cambiante estructura, siempre siguiendo el curso del río, poblado de abundante trucha. Salimos al valle por el pueblito de Herrán, continuando luego por amplias planicies hacia Ranedo y finalmente, a la hora del crepúsculo, a Laciñana, nuestro punto de partida de la excursión. El atardecer nos brinda su melancólica sinfonía de colores suaves que, poco a poco, van diluyéndose, dejando paso a las estrellas de la noche. Los rebaños regresan de los pastos, poniendo con sus esquilas la entrañable música que corresponde a la bella agonía de la luz.

En la amistosa compañía de la familia que nos hospeda, pasamos charlando el tiempo que falta para la cena.



«... la sombra del Torreón, perfilada allá abajo, junto al refugio...»

(Foto J. Llanos)

## VERANO

Va muriendo la tarde de un esplendoroso día de agosto, cuando seis compañeros eibarreses llegamos —en plena sierra de Gredos, que divide con sus altivos riscos las dos anchurosas Castillas— al barranco de la Apertura. Después de muchas horas de ardiente sol, de luminosidad cegadora, de calor agobiante, en la marcha interminable desde el Circo de la Laguna Grande, ahora el Ocaso pone en el angosto rincón del Galayar una luz suave y matizada. Las formidables almenas de negro granito reciben indiferentes los últimos rayos del sol. Entre todas las cumbres, el «Torreón de los Galayos» destaca soberbio y perpendicular. Es nuestro objetivo de mañana.

El refugio está cerrado y no tenemos llave. Por otra parte, lo tardío de la hora y el desnivel muy acentuado del terreno, no resultan propicios para armar el «camping». Después de una breve cena, cada uno se dispone a encontrar el rincón más adecuado para el vivac. Unos en el saco de dormir, otros en una manta, nos tendemos en las cercanías. Un gran perro lobo, que nos ha seguido desde el collado de La Mira, abandonando su labor de guardián de rebaños por unas migajas de pan sobrante, se tumba cómodamente arrimado a la pared del refugio. De vez en cuando da una vuelta de inspección para ver si estamos todos bien. Pero su paternal vigilancia no deja de ocasionarnos algunos sustos.

Noche inolvidable, cara a la solemne profundidad de los cielos. Nunca en nuestras tierras nórdicas pueden contemplarse tantos y tan brillantes diamantes apiñados en la bóveda del firmamento. Me invade una gran alegría de vivir estas horas.

El amanecer es fresco, pues no en vano nos hallamos a unos 2.000 metros de alti-

## PYRENAICA

tud. Gusta arrebujarse en la manta. Con las primeras luces del nuevo día nos ponemos en pie y realizamos toda clase de contorsiones, más o menos ridículas, para entrar en calor. Desayunamos y preparamos el material. Uno de los compañeros, que lleva algunos días un poco enfermo, se queda junto al refugio, mientras los otros cinco nos disponemos a emprender la escalada.

Subimos un buen trecho sin encordarnos. Una travesía horizontal nos coloca sobre un centenar de metros de vacío, en la base ya de la verdadera escalada. El primer tramo es muy fino. Dos clavijas, abandonadas por cordadas precedentes, facilitan el paso. La roca granítica es de agarres muy firmes; no hay piedra suelta. Nos introducimos en la gran chimenea. Todos estamos en buena forma y la trepamos sin grandes dificultades. Obtenemos algunas fotos de la sombra del Torreón, allá abajo perfilada junto al refugio. Un gran bloque interrumpe la chimenea. Es el paso más difícil, pues se hace preciso vencerlo por el exterior, con los pies colgando y utilizando solamente la fuerza de los brazos. Una clavija asegura una posible caída del primero. Todo transcurre sin novedad. Después del bloque una fisura fácil nos lleva a la estrecha e inclinada cumbre. Fuera de los escasos metros que la forman todo es vacío impresionante. Las cuatro aristas del Torreón se acercan a los 90° de verticalidad. La mañana es radiante, excesivamente calurosa.

Después de poner nuestros nombres en el bloc, curioseamos un poco las precedentes ascensiones. No faltan nombres prestigiosos: el gran maestro del alpinismo italiano Emilio Comici realizó la novena ascensión. La nuestra es aproximadamente la 70.

Preparamos el descenso. Un primer rappel nos lleva al bloque empotrado, y un segundo, más largo y de salida laboriosa, a la base. Deshacemos la travesía horizontal y poco después del mediodía estamos junto al refugio. Nuestro compañero tiene preparada una suculenta comida.

A la tarde trasladamos nuestros bártulos por la Apertura arriba, hacia el collado de la Mira. Allí armamos el camping, contemplando un nuevo y maravilloso crepúsculo, digno de los que llevamos vistos estos días.

Las dos Castillas, como dos océanos rojizos, se diluyen en la infinita suavidad del atardecer. Luego las estrellas imperan de nuevo.

## O T O Ñ O

En una de esas últimas jornadas radiantes de la temporada, que son como postreros regalos del cielo, el valle de Mañaria reposa en la clara luminosidad de la mañana. En compañía de otros dos muchachos eibarreses subo por el camino que conduce a Mugarricolanda, serpenteando entre hayedos, pinares y castaños. Pastan los ganados en la calma inefable de las laderas. Se oyen los trinos de algunos pájaros gozosos de que el invierno retrase sus rigores. Vamos acompañados de un simpático perro que parece tan contento como nosotros de participar en la aventura de la vida.

A las doce del mediodía, después de haber alcanzado el camino del collado y habiendo subido por empinadas pedrizas, estamos al pie del espolón: S.E. del Mugarra, que en una línea de admirable pureza y continua dificultad une los pedregales de la base con la arista cimera. Es uno de los itinerarios más hermosos de escalada que puedan hallarse en el Duranguesado. Nuestra ascensión va a ser, al parecer, la cuarta, y, desde que se efectuó la tercera, han transcurrido ya varios años.

## PYRENAICA

Nos cuesta un buen rato convencer al «chucho» de que no puede acompañarnos en la escalada. Se queda al pie de la pared, evidentemente enfadado con nosotros, hasta que algunas piedras desprendidas involuntariamente le persuaden de que es mejor dedicarse a la persecución de ovejas por los alrededores.

Los dos primeros largos de cuerda transcurren a través de un corredor herboso y resbaladizo, no exento de dificultad, pero de carácter poco académico. En seguida una travesía en diagonal nos coloca en amplia terraza, y una nueva ascensión oblicua nos lleva a plena arista, ante el trozo más difícil y endiabladamente aéreo de la pared. El vacío a nuestra izquierda es tan impresionante que, aparte de las correrías por alta montaña, en el Duranguesado tan sólo es posible hallar tal sensación en la pared de la Cueva de la Dama de Amboto o en la vía central de esta misma pared Sur de Mugarra.

El paso que sigue cuesta grandes esfuerzos al primero de cuerda que no emplea todo el material que debiera y está por unos momentos en trance de caer, aunque en este caso algunas clavijas colocadas más abajo le retendrían. Finalmente consigue colocar un nuevo pitón y alcanzar una pequeña repisa, de donde se dispone a recuperar a los otros dos. Se le rompe el martillo y hay que enviarle el otro, mediante una maniobra de cuerda. Más tarde habrá que seguir haciendo la misma operación, lo que retardará el horario, lo cual no es lamentable en un día tan hermoso como éste y con el admirable paisaje que tenemos a nuestros pies.

Allá abajo, torrentes y praderas siguen compartiendo este sol esplendoroso que arranca destellos de los lejanos macizos nevados de Aitzgorri, Aralar y Gorbea. A través del aire sutil y límpido nos llegan del reloj de la torre de Mañeria las campanadas de las dos de la tarde.

Ahora estamos los tres semicolgados de las clavijas, repartidos en dos ínfimos salientes donde apenas pueden descansar los pies, y gruñendo amablemente para que el compañero nos deje un poco más de sitio. La solución está en que el delantero se marche cuanto antes espolón arriba, y eso es lo que hace. A nuestro lado pasan de vez en cuando enormes buitres de más de dos metros de envergadura, sirviendo de admirable primer plano al paisaje del fondo.

Un nuevo largo de cuerda, en el que encontramos dos clavijas abandonadas desde hace años, nos lleva hasta un punto en que parecen concluídas las grandes dificultades. Las maniobras de traslado del martillo para recuperación del material siguen siendo largas y engorrosas. A las tres de la tarde estamos sentados en una amplia terraza disfrutando del sol como lagartos. Pero reclamando el estómago sus derechos, concluimos la ascensión a través de 50 metros sencillísimos, desembocando en la arista cimera. De la ladera norte, siempre a la sombra, sube un hálito fresco. Los árboles y el césped están cubiertos de escarcha.

Hay en esta jornada otoñal una belleza serena y discreta que embarga el ánimo de una suave serenidad. Lejos de expresar nuestro contento por el buen término de la escalada, cada cual calla entregado a sus pensamientos y a la contemplación del vasto panorama.

Descendemos por la vía normal, siendo objeto de caluroso recibimiento por el perro, que nos reprocha, con unos ladridos de distinto tono, el largo abandono en que lo hemos tenido.

Comemos al lado de una fuente, cerca del camino de Mugarricolanda. Luego, sin prisas, al compás del declinar del día, regresamos hacia Mañaría.